



*"De abajo como el árbol crece el pueblo"*  
-Jaime Dávalos-

# Rafael Flores Montenegro

*De su última Novela "Padre, mañana me van a dar muerte", editado por BABEL en Córdoba, República Argentina: "Narra, con singular estilo, los fósiles anímicos y espirituales que quedan, en las paredes y en las costras inconscientes de la sociedad contemporánea, de aquella tragedia histórica que representó el laboratorio Fascista en el Teatro de la Guerra Civil Española (1936 - 1939)". De esta obra que consideramos fundamental del autor argentino exiliado en España, publicamos los capítulos 21 y 39.*

## Capítulo 21

Nuestras andaduras van bien hasta que se mete en nosotros una extraña pretensión de trascendencia. Ahí las cosas se estropean. Fatalmente. Con mirar las placas en las calles sabemos que los fascistas tienen en esas lides mejores herramientas. Se hicieron con la heráldica, los blasones y las herencias que les aseguran el nicho social. Cuando buscamos la trascendencia nos ponemos sañudos y nos disponemos a gestos heroicos. Vivimos sacrificados. Imperceptible entra un tinte sacrificial en las actitudes. Lo que tenemos para invertir en la historia, nuestra propia vida, la entregamos. El día y la noche no alcanzan. El cuerpo se inflama de actividad. Renunciamos a relajarlo, como si se uniera la lucha a esa tendencia, a una laboriosidad constante que nos inculcaron nuestros padres. Eso de que nunca uno se puede distraer del trabajo impregna todos los hechos del vivir. Hay que estar siempre haciendo algo, encima de algo, que muchas cosas pendientes esperan y esperan.

Si no hay cosas inmediatas, uno se las inventa. La cuestión es estar siempre en movimiento, entrar en todos los recintos, intervenir. Quizás un modo de sentirse justificado en la existencia, en los engranajes del mundo donde ningún tiempo sobra. Acción continuada en hechos y en planes, pequeñas movidas al fin, en mi pequeña vida. Tributario ¿por qué no pensarlo?, de un sentimiento que a los pobres atenaza de por vida: un día puedes no tener pan, la miseria, morirte de hambre.

Zozobra permanente que como una punta de tirabuzón va entrando poco a poco en la conciencia y en los mismos sueños. Crecemos con eso que luego va a ser nuestra propia sustancia. Un impulso que en determinados momentos de la historia devora generaciones en el deseo de trascender, de realizar cosas que den un nombre en la memoria de los otros. Para ello nos mantenemos en alerta, esquivando las tentaciones que se cruzan en el camino. Sentarse y olvidar, dormirse en supuestos laureles conseguidos, en su colchón verde y perfumado, ¡nunca! Habrá un ojo que espía por dónde vamos, que pesa nuestros actos

y busca conexiones. Hay que ir por delante. En el corazón de los compañeros ha crecido un héroe que tiene tu cara y tu cuerpo. Te exigirán actos para alimentarlo y hacerlo crecer. Más y más porque es infatigablemente voraz. Mi ser acabó fundido en esa imagen, trabajé para sostenerla en su avidez. Un día puede quedarse con la totalidad de mi vida.

Los enemigos lo saben. Lo estudian. Sopesan condiciones, hasta dónde llegar. En un momento deciden que es tiempo de dar el golpe. Dicen nosotros o ellos, hay que aplastarlos con gran violencia. Para hoy y para mañana, para que no crezcan más. Hay que extirpar a esa especie de gen del estómago y de la sangre. Aceite de ricino y balas. Nos prenden y llevan al Tribunal, esa pantomima que no es nada. Formalidades. Vas al muro del Cementerio después que has dado nombre y filiación. Te apilan en fosas que se comerá el silencio. Ahí solos contra el viento y la intemperie, sin que familiar alguno pueda recoger tus restos. Pasan los años, las generaciones y al final la gente se acomoda. En el pueblo solo quedan algunas trazas de entonces, remozadas como para una postal.

Vuelven aquellos, almas, formas etéreas en la transparencia del aire. Vuelven al pueblo que está vacío como si todos los nuestros se hubieran muerto. Las casas cerradas cuando no abandonadas desde tiempo atrás, desportillándose. Calles limpias con sus contenedores para el reciclaje, pavimentos, antenas, los pájaros. Hay tantos estorninos como antes y golondrinas conversadoras. Avanzan en la pureza del aire. Cruzan transversales, de arriba abajo, como si volaran extrañadas por las figuras que atraviesan. Casas remozadas sí, muy pocas nuevas siguiendo el estilo de otros días. O ningún estilo, pero sin desentonar. ¡Y las escombreras! Se ven las casas desoladas como un bosque por el que pasó el incendio. Si no fuera por las higueras, los patios serían devorados; las higueras frondosas, desplegadas como una tormenta verde, entre maderas secas y podridas. Granados, parrales, almendros y nogales. Aunque uno se haya ido, aunque tantos se hayan ido y por esas puertas cerradas no pasen ni sombras, hay vida en el aire. La vida que conocí está. Están los recuerdos. No importa ya el silencio. Nadie lo rompe. Aguardan con las ventanas cerradas, no sea que alguna maldición se les cuele dentro..





## Capítulo 39

Entra la tormenta en la casa. Los truenos desacomodan muebles, se meten debajo de las camas, en las axilas. Braman, refunfuñan, protestan. De repente un desorden imprevisto suspende todas las certezas. Los Lascaso se apresuran a entrar por las puertas que se golpean, enredan sus ropas en el viento del verano y viajan con la tormenta. Parece que no advierten mi presencia. Ni se inmutan. Van a lo suyo que no puede ser lo mío, aunque me exaspere. Sé que estas sierras no son más mías que tuyas. ¿Qué importa mi llegada posterior, muy posterior a la Guerra, a la Posguerra y a la Transición, si ellos existieron más íntimos con la montaña? Verdad que han cambiado cosas. Líneas de alta tensión con torres gigantescas que avanzan dando pasos megalíticos en la extensión, placas solares, perfiles de sierras horadados a grandes mordiscos de hierro. Pero detrás hay otro cerro intacto, y otros más allá. De golpe gira una ráfaga desahogada que retuerce la copa de los árboles, amenaza, brinca al final en copos de agua. ¿Volarían al viento capas azules, las faldas floreadas de las chicas del pueblo en pasados días? Quizá no tanto como lo imagino, pero a ver, díganlo Ballesteros, Soria, Moreda, Iniesta, Vergara, Lagos... En este pueblo, por fuerza, están más ellos que nosotros. Su bullicio, sus ferias, las mulas en la era, las matanzas de cerdos en los inviernos, el humo de las chimeneas, el olor a gente, el aceite chorreando de las muelas de los Molinos, las golondrinas de siempre. Se trenzan y danzan en el aire. Tras el chaparrón vuelven.

Después se mezclan con la imagen blanca y enjuta del hombrecito que por la mañana en un bar contaba historias de su ciudad, situada en el norte de la provincia de Guadalajara. Contaba que tras de la guerra, se le empezó a desvanecer. Así lo dijo. Y que hoy le cuesta reconocerla. Cuatro o cinco edificios que había están, aunque no se vean como antes. La Catedral, y la alameda que ya no me parece tan grande, dijo. Allí hacían las verbenas y los bailes. Mi padre, agregó, con menos años de los que tengo yo ahora, era el encargado de los bailes. Unos pocos discos y la gramola que había que darle cuerda para que moviera la luna negra, maravillosa, vomitando música por la bocina de bronce. La gente bailaba y bailaba muchas veces los mismos discos. Hasta que en guerra un día cayó una bomba en el patio y desbarató lo que había. Nosotros estábamos

refugiados en la cueva de los cereales. Los críos tuvimos que ayudar a quitar escombros para abrir una puerta y poder salir. Plantas, muebles, discos y gramola quedaron tapados por los bloques de ladrillos y yeso, con el estruendo de la metralla.

Mi padre juró que nunca más haría bailes. Ahora lo entiendo, fíjese Usted. Todo era peligroso, inclusive bailar tras la toma de la ciudad y tanta gente “sacada de paseo”. Nos recogimos a arreglar la casa, trabajar en las fanegas y arrimarnos cuantas veces fuera posible a la Iglesia. Me gustaría poder mostrarle esos discos que poníamos, se los regalaría. Es muy tarde en la vida para mí, solo puedo ser un relato que sale y después se pierde, como esas aguas que afloran con la lluvia y regresan a esconderse bajo la superficie.

Pasa, sabes, pasó y hasta nos olvidamos de llorar lo que perdimos. Hablamos y no sé distinguir de dónde eres. Una nube me crece en los ojos. No eres de aquí, pero como si lo fueras. Me gustaría regalarte esa música que son coplas, pasodobles, rumbas y tangos. Sí, yo era pequeño aún, pero recuerdo más cosas. Decían las historias o las leyendas que una mujer se encaramó en el campanario de la Catedral y desde allí disparaba con una ametralladora. Tuvo a raya varios días a los soldados, impidiéndoles entrar. Durante días los contuvo. Dinamitaron las puertas, incendiaron una parte del mobiliario, pero igual ella los mantenía a raya. Hasta que dejó de disparar no se sabe por qué, si es que la mataron, se quedó sin balas, en fin... no se supo. Oí unas cuantas veces la historia de la mujer con la ametralladora en el campanario. Los hombres se miraban cuando el relato iba a llegar a ese punto y decían “ya se sabe”. Describir la hazaña podía traerles un “paseo”. Un grupo grande de encarnizados y suicidas aguantó días resguardado por la ametralladora esa. O no, porque algunos hicieron una escalera con cuerdas y maderas de sillas y se descolgaron de los altos muros en la mitad de la noche. Llegaron heridos al suelo, pero igual escaparon como fantasmas por el bosque mientras las tropas tomaban la Catedral. Un puñado escapó, de los cientos que apresaron. ¿Por cuál bosque? Los recuerdos me traen otra ciudad y paisajes que ya no están. Remotamente se parece a la de ahora, aunque no es la misma, no puede serlo. Años que modificaron la vida, retuercen las costumbres, cambian la hogaza de pan, el sabor del agua, la luna gorda de aquel tiempo en frágil uña de gato por los tejados. La precaria escalera los puso en el bosque y echaron a andar hacia el sur donde estaban los suyos. Se salvaron en ese camino incierto por el bosque, solo esos poquitos porque no había forma de salir, las puertas estaban bloqueadas por las tropas. Durante años los hombres hablaban de aquella mujer sin nombrarla, hasta que se dejó de hablar. Los niños entretanto, tuvimos la ilusión de que volviera por el bosque que ya no está. Crecimos con la idea de que podía volver un día y entrar en una tasca con el arma en bandolera. Ella era más de esta época, su porte encajaba mejor con los tiempos modernos. Su risa, su desenfado, su libertad...